

España 1962

(El ensayo como género literario)

Por Ricardo GULLÓN

Los españoles, dicen los técnicos, no se distinguen como autores de ensayos. El ensayo —para escribirlo en otros términos— es género que interesa poco a los españoles. ¿De veras? ¿Y por qué no exactamente lo contrario? Oigamos cómo suena la versión heterodoxa: el ensayo es el género literario más adecuado para expresar la fecundidad imaginativa y la aversión al sistema características del genio español. Al redactar un ensayo el escritor instala en el centro su yo y desde él, desde su sentir, creencias, ideología..., lanza sobre cuanto le rodea miradas curiosas, tiñendo el mundo del color de su pensamiento y viendo cada cosa en función de lo que respecto a él representa. Sí; como tú, lector, harías si escribieras; pues arrastrado por el deseo de conocerse y revelarse, el hombre utiliza el escenario y los decorados como pretextos para poner al descubierto reacciones personales. Sócrates en su jardín; Montaigne pugnando por captar lo ondulante y diverso del humano cuya forma se le escapaba; Bacon analizando en el cristal de la inteligencia; Feijóo buscando la clave del “no sé qué”, y tantos más, dan testimonio de esa verdad.

Así, el español en cuanto hombre, y tal vez también por estímulos derivados de lo que vagamente y con reservas pudiéramos llamar el carácter nacional, no está menos calificado que cualquier otro para ejercitarse en el arte de ensayar. Desde el siglo XVIII la corriente no cesa y cuando al inventariar la actualidad literaria española repaso mentalmente los libros recientes, advierto sin sorpresa que las obras más interesantes de los últimos meses pertenecen al género llamado “ensayístico”. Razones de espacio limitan mi selección, y tendré que contentarme con reseñar dos libros que considero importantes. Y antes de referirme a ellos apuntaré algunas observaciones sobre el ensayo en general.

La fluidez e indeterminación del género obliga a preguntar: en definitiva, ¿qué es ensayo? La vaguedad de la calificación resulta evidente y según mi experiencia personal (en las reuniones del Jurado encargado de conceder los premios de la Crítica) no es fácil poner de acuerdo a la gente sobre la significación de la palabra: desde el tratado teológico al artículo periodístico, todo puede pasar por ensayo. Quizá una serie de negaciones, una serie de sucesivas eliminaciones, ayudará a encontrar la solución: el ensayo no es novela, ni poesía, ni drama, ni reportaje, ni biografía..., aun cuando pueda tener algo de todo esto, pero las fronteras se diluyen y tienden a desaparecer si lo relacionamos con la crítica artística o el estudio literario. ¿Quién diría cuándo y dónde empieza el ensayo si antes no nos arriesgamos a definirlo? ¿Y cómo correr ese riesgo si sabemos cuántas notables excepciones se evadirán de la por fuerza floja red?

Buena parte de cuanto se escribe aparece en forma de ensayo, es decir, en el de una prosa libre y flexible en que el escritor opina sobre temas que le interesan. Pues el ensayo es suma de opiniones, emanación natural de nuestra toma de contacto con la vida, expresión de una experiencia personal, que para reflejarla adecuadamente y atraer al lector, intenta conciliar la profundidad y la gracia. Nadie necesita tanto como el ensayista lo que Marichal llama voluntad de estilo.

Leslie Fiedler ha observado que el ensayo, benjamín de los géneros literarios, nació ayer, como quien dice, y señala con razón a Michel de Montaigne como inventor del género. Si así es (y así lo creo), podría adaptarse a su historia lo afirmado por Joan Miró respecto a la pintura: que está en decadencia desde la época de Altamira. O, dicho de otro modo: nació perfecto y nadie ha podido —o sabido— superarlo. Surgió como transformación y compendio de otras muchas cosas; tratado filosófico, biografía, autobiografía, etopeya, crítica social y literaria, impresiones de viajes o paisajes, carta familiar..., y de todas ellas fue adquiriendo algunos rasgos. En constante proceso de mutación, su proteísmo le hace adaptable a apetencias espirituales muy diversas, a situaciones intelectuales harto diferentes.

Hasta la novela se ha teñido de ensayismo y la que Montanos llama novela-ensayo, modelo de la cual podría ser *Amor*

y *pedagogía* de Unamuno, está compuesta en gran parte por exposición, comentario y discusión de teorías, doctrinas y opiniones. Con frecuencia el ensayo tiene carácter errático, pues el autor no escribe siguiendo un plan, sino el zigzaguo del pensamiento y presenta ante el lector las derivaciones, a menudo insospechadas, por donde va configurándose la idea. Escribir un ensayo “a lo que salga” —como Unamuno hacía— no quiere decir que será San Antón si barbudo, y la Purísima Concepción si imberbe; significa, simplemente, que en este género el margen concedido a la divagación y al capricho es mayor que en cualquier otro. De ahí su flexibilidad y su espontaneidad, notas muy estimulantes, pues gracias a ellas el lector puede captar —o hacerse la ilusión de captar— el movimiento natural del pensamiento, el fluir de la idea, el impulso mental en momentos anteriores a la cristalización. Por esta razón es fácil entender el ensayo como soliloquio puesto sobre el papel, como parte de un diálogo con el lector en donde la intervención de éste es omitida, si no diluida en las palabras de quien escribe.

Juan Marichal, en la jugosa nota editorial antepuesta a uno de los libros que comentaré más adelante, señala cómo Pedro Salinas explayó “su personalidad literaria más sociable, su yo de gran conversador, en ensayos generales”, y la relación entre el juego de la palabra hablada y la palabra escrita es en este caso evidente, incluso en la calidad del material, extraído de la lengua que se habla y no de la lengua que se escribe. Con lo cual llegamos a precisar una condición que, junto a las de flexibilidad y espontaneidad, contribuye a caracterizar el género: el empleo de ese lenguaje vivo, presente, que con la viveza y soltura de su andar compensa el relativo desorden a que frecuentemente le condena su erratismo. Y si recordamos que la brevedad es otro de los rasgos definitorios, no sólo matizaremos el boceto sino apuntaremos a una de las razones que explican el auge del ensayo en esta época.

Si el drama fue la forma de expresión más popular en el siglo XVII y la novela en el XIX, el género literario más favorecido es hoy el ensayo. Extenso en ocasiones, pero más generalmente breve, como llamado a insertarse en revistas y publicaciones periódicas donde es forzosa la limitación de espacio, refleja con acuidad y urgencia problemas actuales y eternos según la perspectiva de nuestro tiempo y se adapta sin dificultad a las exigencias de quien escribe. Pues insisto en que no se debe perder de vista el acento entrañable del ensayo, coloreado por lo personal aun cuando aspire —y no siempre ocurre así— a la objetividad. El estudio “objetivo”, del que pretende excluirse al yo “satánico”, es fácilmente discernible y separable del ensayo, y no solamente por la acumulación de datos y sobrecarga de pruebas, sino por aspirar a una imparcialidad a que el ensayista renuncia con ostensible impertinencia. El publicista de vocación académica preferirá el estudio, cuanto más abarrotado de notas mejor, mientras el escritor imaginativo optará por el ensayo y aceptará el riesgo de opinar basándose en sus experiencias y en sus ideas: más vale correr el albur de equivocarse por cuenta propia que el de acertar por cuenta ajena.

Al ensayista le reconocemos por la indomable tendencia a pensar en voz alta, a decir su parecer sobre cuanto le interesa. Gracias a esa libertad de discurso puede ver y presentar los problemas desde ángulos insospechados, fecundándolos en todo caso, y estimulando la actividad mental de los lectores. Rompe las estructuras convencionales y hasta cuando se revela arbitrario sirve para desencadenar reacciones saludables, incitando a revisar lugares comunes, a discutir ideas recibidas. El ensayista, empeñado en la tarea de conocerse, busca imágenes que le ayuden a identificarse; mientras describe un paisaje, comenta una película, recuerda islas perdidas o analiza las vicisitudes de un personaje, está proyectando sobre lo exterior la sustancia de sus preocupaciones, la sombra de sus inquietudes.

La tradición española del ensayo se remonta, quizá, a Fray Luis de León. Propongo al lector una lectura de *Los nombres de Cristo* partiendo de las consideraciones expuestas y espero su reacción. Y en el siglo XVIII ensayo son, bajo extravagantes rótulos, buena parte de los escritos de Jovellanos, algunos de

Cadalso, y desde luego los del padre Feijóo, en cuyo *Teatro crítico* y *Cartas* se hallan algunas de las más curiosas muestras del género. Y desde el modernismo acá, la corriente ha engrosado por las mismas razones que ensanchó y creció en otras partes: abundancia (relativa) de publicaciones periódicas y limitación del tiempo dedicado a la lectura. Basta repasar los catálogos de las editoriales españolas e hispanoamericanas para percatarse de la abundancia de libros clasificados oficialmente bajo la rúbrica "ensayo", y de la diversidad de temas tratados en ellos. Parte de esos libros son colecciones más o menos trabadas, más o menos coherentes, de ensayos publicados antes en diarios o revistas, y la razón alegada para reunirlos en volumen suele ser la unidad que les proporciona el punto de vista y el temperamento del autor.

Ganivet y Unamuno son, ante todo y sobre todo, ensayistas, y de ensayismo se tiñen sus novelas y piezas dramáticas. Ortega es un ejemplo extraordinario de penetración por vía ensayística en la entraña de los temas. Ensayos de varia lección llamó a los incluidos y proyectados bajo el título de *Meditaciones*, y al referirse a ellos advirtió que el afecto que le movía a escribirlos era el más vivo que encontraba en su corazón. "Resucitando el lindo nombre que usó Spinoza, yo le llamaría *amor intellectualis*", y ese amor intelectual se propone llevar cada hecho "a la plenitud de su significado". Pues, añadía, "hay dentro de toda cosa la indicación de una posible plenitud. Un alma abierta y noble sentirá la ambición de perfeccionarla, de auxiliarla, para que logre esa plenitud. Esto es amor — el amor de la perfección de lo amado". Y conseguirla, la ambición última del ensayista. Juan Ramón, Machado, Baroja, Marañón, Américo Castro, Salvador de Madariaga, Pérez de Ayala, Azorín, Eugenio d'Ors, Manuel Azaña, Ramiro de Maeztu, Benjamín Jarnés —cuyos relatos son más de una vez novelas-ensayos—, Antonio Espina, Juan Larrea, Javier Zubiri, Juan David García Bacca, Ramón Gómez de la Serna, Guillermo de Torre, Pedro Salinas, Dámaso Alonso, Ángel del Río, José F. Montesinos, Melchor Fernández Almagro; más recientemente Francisco Ayala, Pedro Lain, Luis Rosales, Luis Felipe Vivanco, Manuel Granell, Ildefonso Manuel Gil, José Luis Aranguren, Julián Marías, Guillermo Díaz Plaja, José Antonio Maravall, Manuel Durán, Juan Eduardo Cirlot, José Luis Cano, Segundo Serrano Poncela, Juan Marichal, Camilo José Cela, Francisco Pérez Gutiérrez, Max Aub, José María Castellet, José Ferrater Mora, Miguel Enguídanos, María Zambrano, Paulino Garagorri y bastantes más, hacen la lista prácticamente inacabable, ya que poetas, dramaturgos, novelistas, críticos y periodistas coinciden en ese terreno común del ensayo.

Pedro Salinas

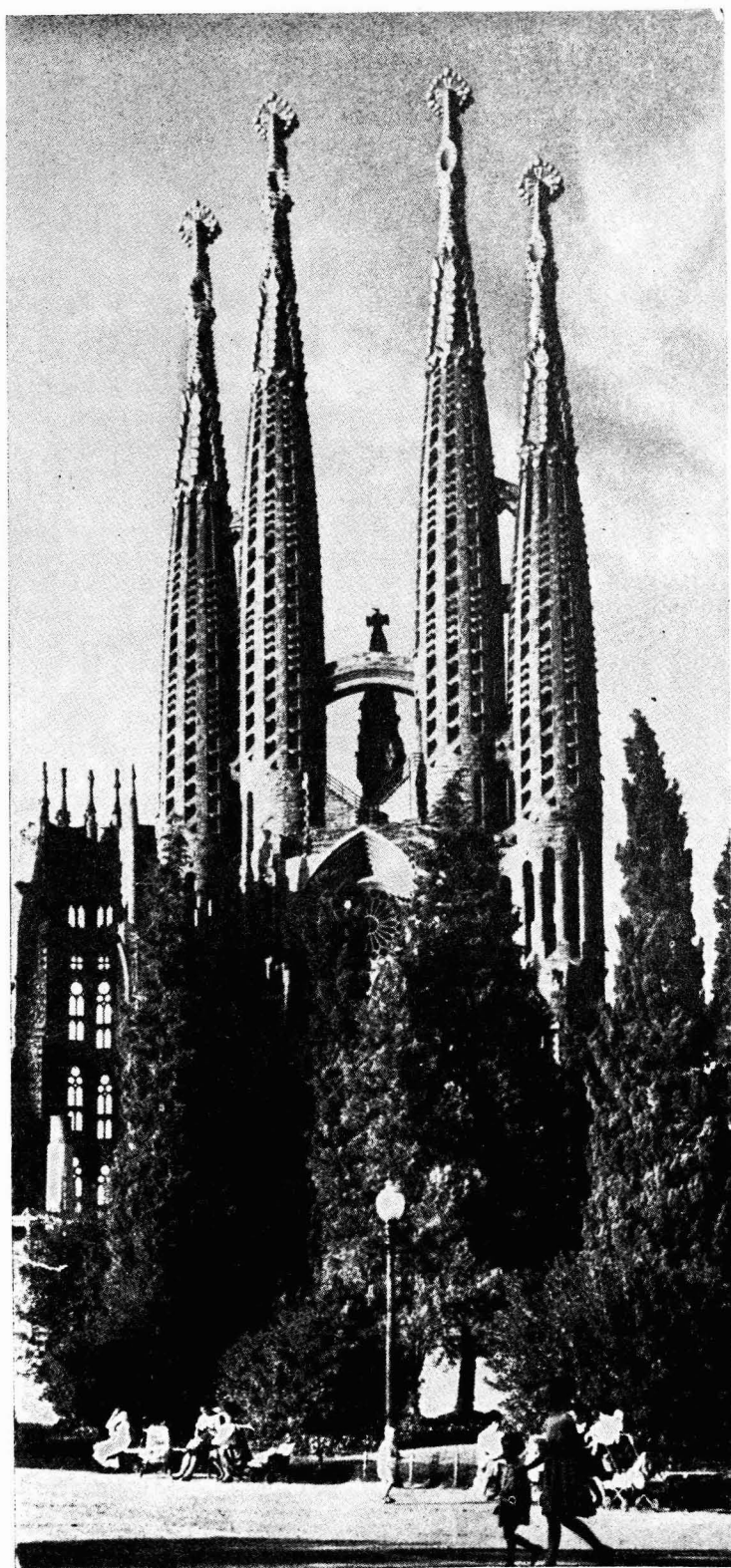
En los últimos meses, la Biblioteca Breve (Editorial Seix y Barral, de Barcelona), una de las colecciones literarias mejor planeadas y dirigidas del país, publicó tres excelentes libros de ensayos, dignos de ser destacados y recomendados al lector. El primero de ellos, *La aventura estética de nuestra época y otros ensayos*, de Guillermo de Torre, lleva extenso prólogo mío, y esta circunstancia me impide comentarlo, para que los maldicientes no me acusen de juzgar pleito en que soy parte. Si me será permitido, por lo menos, afirmar que esta selección antológica de escritos aparecidos a lo largo de veinte años constituye una excelente exposición de los problemas estéticos, correlato de los sociales y aun de los morales, planteados en este siglo.

La responsabilidad del escritor, de Pedro Salinas, incluye cinco trabajos admirables: *Aprecio y defensa del lenguaje*, *Los nuevos alfabetos*, *La gran cabeza de turco o la minoría literaria*, *Reflexiones sobre la cultura* y *Los poderes del escritor o las ilusiones perdidas*. En todos hallamos la inteligencia rápida, el ingenio agudo y la expresión airosa propias de quien fue, además de gran poeta, uno de los prosistas más ocurentes y legibles de nuestro tiempo. Su defensa del lenguaje fue inicialmente un discurso pronunciado en la Universidad de Puerto Rico, año 1944, y es todo lo contrario de los reóforos académicos al uso. Lo declaró taxativamente: el tema le importa por cuanto el lenguaje es vida, y vida personal, no como material para estudios filológicos o lingüísticos. La palabra le parecía potenciada por doble y oscura fuerza: letal en una dirección; vivificante en la otra. Es preciso conocerla a fondo, darse cuenta de cuál es su valor, cambiante según las asociaciones en que reverbera, para distinguir cuándo es utilizada para decir —y dar— verdad, y cuándo para el engaño. Poeta, y muy fino, conocía y saboreaba el gusto significativo de la palabra, que si es

diestramente manejada declara secretos que no rendirá a quien se limite a utilizarla a ciegas, conformándose con el "poco más o menos" de la expresión aproximada.

La toma de posesión del mundo a través de la palabra es un lugar común poético, tan poco discutido como el hecho de que el lenguaje sea el instrumento natural para la comunicación, pero en manos de Salinas (que ya lo había cantado en un poema) el tema canta a fuerza de imaginación y de lirismo. Para la utilización de anécdotas y citas, siempre útil para realizar la gracia del ensayo, puso Salinas a contribución su gran memoria y, lo que es mejor, un instinto selectivo que le permitía escoger lo más inspirado, el cuentecillo o la frase que a la vez corroboraban lo expuesto en el discurso y sugerían derivaciones y variaciones cargadas de sentido.

El arte de la cita es un don, pues no se trata de acumular por el gusto de la acumulación o por alarde erudito, sino para incorporar al texto algo que lo prolonga y lo ilumina: algo que literalmente trae más luz al punto debatido. A veces se aporta la opinión ajena para corroborar la nuestra, como argumento de autoridad, y en ese caso más la convocamos pensando en legitimar lo personal que en ilustrar al lector. Salinas no da esa impresión: las historietas o frases citadas empezaron por deleitarle a él, y las menciona para comunicar ese deleite; por eso,



La Sagrada Familia (Barcelona) — "El arte de la vida es un don"

aunque se sucedan con abundancia, ni parecen inútiles, ni excesivas, incorporándose de modo espontáneo a la corriente de la prosa, fundiéndose con el pensamiento a cuya exposición contribuyen.

¿Y cómo podría hablarse, por ejemplo, del "diálogo" sin mencionar adecuadas ilustraciones, sin recordar los casos más notables que de conversaciones en la vida y la literatura guarda la memoria? ¿Cómo tratar éste y cualquier tema sin que la memoria convoque automáticamente imágenes que aun cuando procedan de la literatura no habrán sido menos vividas y experimentadas por el ensayista? El diálogo es convivencia, civilización, instrumento para la formación del hombre. Salinas analiza su significación y estudia luego la lengua poética y la misión del poeta en cuanto al idioma. La extensión de esta crónica no me permite entrar en detalles sobre este punto, intermedio entre los comentados y otro apartado en que Salinas afirma el deber de gobernar la lengua, desde dentro de cada hombre, defendiéndola contra el barbarismo, la prisa y el esquematismo mental, y contra la increíblemente estúpida creencia de que igual da hablar con precisión y gracia que de manera deslavazada y floja; como si fuera lo mismo utilizar para la comunicación un lenguaje natural y propio que una jerga de aluvión. No; no es lo mismo el inglés que el jamaquino.

Quizá el segundo ensayo: *Los nuevos analfabetos*, es el más ingenioso y ameno, y hasta el más profundo de este volumen. En él se trata uno de los obsesionantes problemas de nuestro tiempo: la aparición del neoanalfabeto, coincidente en estructura y comportamientos con el señorito satisfecho y el especialista bárbaro, denunciados por Ortega. El humor de Salinas puede dar la impresión de que está hablando de un asunto trivial, pero el tono no engañará a quien capta el desgarró, la herida bajo la ironía: "Algunos [lectores] se extralimitan y se aventuran diez o quince minutos por las reseñas de deportes, género periodístico benemérito entre todos, porque ha venido a ser el último lazo que une a muchos hombres con el ejercicio de la lectura. Suprimase del periódico esa copiosa sección —y perdónese que insinúe siquiera la conjetura de semejante desastre para la humanidad, por fortuna tan poco probable como el fin del mundo en los cien mil años venideros— y millares de personas renunciarán al uso del don de la lectura."

Salinas clasifica los neoanalfabetos en totales y parciales y dentro de cada grupo establece las subdivisiones necesarias para reflejarlos en su notable diversidad. El neoanalfabeto de lo gráfico (el que sólo "lee" imágenes, caricaturas, tirillas cómicas) crece de día en día, y con la televisión en casa va alejándose la funesta manía de leer, no menos funesta y no menos manía que la de pensar, y acercándose al sumo confort de vivir en el limbo intelectual. Singularmente agudas son las páginas dedicadas al lector de revistas, seducido por las sirenas de la variedad y el ingenio, atraído hoy por el artículo sobre la civilización incaica, en seguida por la divagación sobre la guerra atómica, más allá por el análisis del tiempo en Proust, en la otra página por el comentario sobre la inmortalidad del cangrejo... Tiene razón Salinas: "La tarea de este lector (tú y yo, por supuesto) mueve a compasión. Porque cuanto más lea, más y más se pierde en ese mar sin límites que cada semana crece unos metros en altura y que no tiene litorales discernibles." Y el ensayo zigzaguea, presentando facetas diferentes del tema y enriqueciéndose al aumentar su poder de sugestión.

En *La gran cabeza de turco* hallamos una inteligente defensa de las minorías literarias que, como todas las empresas intentadas contra el gusto y el poder mayoritarios, no deja de parecer —y tal vez de ser— arriesgada. Tomando como punto de partida una obra del crítico norteamericano Van Wyck Brooks, campeón del filisteísmo literario, Pedro Salinas estudia la literatura primaria y la de minoría, el escritor *lowbrow* o masificante y el *highbrow* o distinguido, y resume brevisísimamente algo de cuanto a lo largo de los siglos fueron creando los grupos minoritarios, explicando sus razones de ser y los riesgos derivados de su anulación. Hoy tal vez daría el autor nuevo sesgo a sus reflexiones, pues en los años últimos el producto literario masificado impuso su predominio a través de la mentalidad *middlebrow*, con cuanto ésta tiene de pretenciosa, vulgarizante y falaz.

José Luis Aranguren

El otro libro y el otro autor de quien me propongo hablar en esta crónica coincide con Salinas en la seriedad del propósito; difiere en el tono y desde luego en los asuntos. *La juventud europea y otros ensayos*, de José Luis Aranguren, es la obra de un hombre de fe, y de buena fe. No son la ironía y el humor

las armas esgrimidas para atraer al lector; en los trabajos incluidos en este volumen la intención política-social es más visible que en los de Salinas. No faltaba en éstos, pero la presentación sonriente disimulaba la gravedad de los hechos. Aranguren, veinte años después, sintiendo la urgencia de los acontecimientos a que se refiere, sacrifica el ingenio a la eficacia, intentando explicarse y explicar algunos graves problemas de nuestro tiempo, persuadido de la imposibilidad de resolverlos sin tener conciencia de sus causas. Tal obvia verdad es tan frecuentemente negada por los políticos, que incluso se hace preciso destacar la intención de cumplirla.

El ensayo que da título al volumen es el más notable de la colección. Trata de la juventud, y específicamente de la juventud europea, espejo donde podemos ver la dramática situación de los hombres que mañana regirán el mundo. Escutar sus ideas, actitudes y modos de vida, es tarea apasionante y digna de la atención aquí puesta en juego. ¿Será verdad que la generación actual no cree en nada, como afirma el padre Danielou, citado por el autor? Y, si así ocurre ¿no serán responsables de tal escepticismo los rectores políticos y espirituales de esta generación? La respuesta de Aranguren a la segunda pregunta es terminante, y la tendencia de los jóvenes a desinteresarse de los asuntos públicos es natural derivación de su falta de fe en principios e ideales que consintieron el mundo concentracionario y la bomba H. La privatización de la vida exige, como aquí se muestra, una onerosa contrapartida: el conformismo. Después de todo, parecen pensar los jóvenes, ¿qué más da? Si el poder corrompe, como Francisco Ayala muestra en sus ficciones, ¿para qué esforzarse en ayudar a los en apariencia mejores? ¿El triunfo —piensan— les hará parecer a sus antagonistas?

Es un error dramático, una costosa simplificación, pues el precio del escepticismo es la libertad. Las anti-utopías de hace treinta años empiezan a realizarse, si bien menos espectacularmente de como se anunciaron, pero el cambio en la mentalidad general es evidente, y el villano de la historia ya ni precisa la pistola para la rúbrica final en la nuca del disidente: le bastan los medios de suave persuasión que permiten acondicionar los cerebros y dictar desde dentro las conductas: si el televisor es más necesario que la libertad, puede prescindirse de esta vaga ilusión a trueque de aquel mágico artefacto. Los jóvenes y los maduros han derivado al utilitarismo, como lógica prolongación de su escepticismo, y ahí arraigan sus actitudes frente a la sociedad y frente al prójimo.

El análisis de las actitudes de la juventud actual respecto al matrimonio y al sexo, al trabajo y al estudio, la moral y la llamada vida espiritual, está lleno de incitaciones, de puntos de arranque para la reflexión y la discusión. Toda generalización es arriesgada y yo no suscribiría algunas afirmaciones de Aranguren, pero su planteamiento del problema es correcto y pienso como él que los jóvenes desconfían de los auto-designados tutores que les vigilan y, o ponen en juego un sistema de cautelas cada vez más compacto, o se lanzan a una oblicua rebeldía por los caminos de la droga y sus sucedáneos — el sexo, el jazz, el baile, ¡hasta el deporte!, tomados como estupeficientes.

En *El porvenir del catolicismo español* trata de precisar cómo se es católico en España, para determinar las posibilidades de la religión en un futuro cercano. El hecho terrible de que el gobernante español, desde Felipe II por lo menos, vaya sustituyéndose "en el lugar de la Providencia, haciéndose, como suele decirse, 'más papista que el papa', y confundiendo sus propios designios —sinceramente al servicio de la fe— con los designios de Dios", basta para explicar el recelo con que el ciudadano común oye a quienes se definen como portavoces de la divinidad. Poner la religión al servicio del poder político, utilizarla para detentar ese poder, constituye una ofensa contra la religión misma, así degradada al nivel del instrumento.

El "catolicismo abierto, integrador, moderno", trata de abrirse camino en España. ¿Lo conseguirá? Aranguren sugiere la respuesta: si la Iglesia española supera "esa vida orientada en el temor y no en la esperanza", que ahora vive; si sustituye a la coacción el ejemplo de la caridad activa; si renuncia a su vinculación con los grupos reaccionarios que la utilizan —a cambio de innegables ventajas materiales—, el catolicismo multiplicará "su fuerza, plenamente espiritualizada ahora y puesta al servicio de fines puramente religiosos".

Esta crónica es ya demasiado larga y no queda sitio para comentar las ideas expuestas en los restantes ensayos de Aranguren. Acabaré, pues, destacando su honradez intelectual, su sinceridad, y junto a ella la reflexiva moderación que le impulsa a buscar la verdad y a declararla sin estridencia, en ese tono de voz a la vez firme y tranquilo que es el suyo.